

EL OCTAVO SIGLO DEL PROBLEMA DE IRLANDA



Entierro de las trece personas que resultaron muertas por los disparos de los soldados británicos en Londonderry (foto de la izquierda). Los estudiantes de la Universidad de Oxford organizan una sentada en señal de protesta contra la actuación de las tropas británicas en el Ulster (foto de la derecha).

Lo que está ocurriendo en el Ulster es todavía la cuestión de Irlanda. Los fusiles que ahora disparan contra los irlandeses del Ulster están montados y apuntados desde el siglo XII; el destino de estos muertos está preparado desde entonces. Cualquiera manual de historia ilustra los hechos: la bula papal de Adriano IV en 1153, nombrando soberano de Irlanda, no fue aceptada por los católicos irlandeses —Irlanda se llamaba, desde siete siglos antes, la Isla de los Santos— y comenzaron su lucha de independencia, incluso buscando alianzas exteriores —aún los irlandeses agradecen a los españoles la del siglo XVI, aunque éstos se la prestaran más por una guerra de imperios que por tratar de independizarlos—, sin conseguirlo hasta la etapa de 1922, en que se fundó la República libre de Irlanda, pero mediante la partición: un fragmento de la isla, el Ulster, quedaba en manos británicas mediante un estatuto especial (un gobierno propio, pero sin autonomía).

PARA que el Ulster tuviera una fisonomía especial, un «hecho diferencial» que permitiera un pretexto a la partición, desde el siglo XVII comenzó una infiltración de gentes distintas: los escoceses, protestantes, principalmente presbiterianos, que llegaron a constituir una minoría dominante —amparados por las armas del Imperio— y, finalmente, una mayoría. Los irlandeses católicos del Ulster se vieron segregados, excluidos de cargos públicos y administrativos, con representación escasa en el Parlamento local y en el del Reino Unido, sin presencia en las fuerzas armadas: se convirtieron en una clase explotada, colonizada. Había una diferenciación de rasgos raciales; una diferenciación religiosa y una diferenciación de clase. Estos tres hechos

suelen producir una rara combinación entre sí: la religión y la clase social impiden los matrimonios mixtos y se produce la endogamia en cada uno de los dos grupos opuestos; la endogamia acentúa o al menos mantiene los rasgos raciales diferentes; los rasgos raciales implican la salida de la clase social (cuando no hay diferenciación visible, es posible, aunque difícil, ascender de clase social por la mítica parábola «de vendedor de periódicos a millonario»; cuando hay características raciales visibles, el ascenso está negado y la clase social se impermeabiliza); la clase social hermética favorece la fuerza religiosa, que a su vez produce la endogamia... Y el círculo se hace cada vez más imposible de romper, más opresor.

ESTAMOS ante hechos conocidos, ante hechos típicos. Está la opresión de los desgraciados por los desgraciados, la de los escoceses arrancando trozos de territorio, arañando fragmentos de poder a los irlandeses; como los judíos exterminados, perseguidos, empobrecidos de Europa, fueron conducidos a luchar con los árabes por un trozo de territorio, y la lucha tampoco ha terminado; como los presidiarios, los liberales deportados, las prostitutas —léase «Fanny Hill»— fueron enviados a luchar con los indígenas —los indios— en América, con una desesperación y una falta de otras soluciones que fue llamado «espíritu de conquista», tan fuerte que después de independizarse y fundar los Estados Unidos no se ha parado todavía; como los sudetes alemanes en Checoslovaquia... Esta, por otra parte, la partición del territorio, hecho también conocido: cuando no se puede evitar una independencia, se concede mediante una amputación territorial o una división en dos estados enfrentados uno con otro, como India-Pakistán, como Israel

en el Oriente árabe, como las dos Coreas, como los dos Vietnam... Y está, como tercer elemento también constante, la negación de los habitantes a aceptar los hechos montados por los otros, la perpetuación de la rebeldía, los atentados, las guerrillas, la guerra civil. En esquema, en simplificación, lo que pasa en el Ulster es una reproducción de lo que pasa en Vietnam, de la guerra de Bangla Desh, de la del desierto de Sinaí... Con toda la diferencia, naturalmente, de las cargas históricas, culturales, geográficas, económicas, estratégicas que caracterizan cada uno de los casos. El del Ulster, por ejemplo, no interesa a las grandes potencias como los otros citados, porque no está en las zonas fronterizas de sus intereses imperiales o de influencia. Interesó en otros tiempos, como ya queda citado en el caso concreto de la ayuda española en la época de la Reina Isabel, como tuvieron en el siglo XIX las de los revolucionarios franceses, y la última guerra mundial la de los alemanes, pero en esta coyuntura no cuentan con nadie, aunque el hallazgo de armas checoslovacas y de Estados Unidos pueda servir a veces a la propaganda de Londres en el sentido, también típico, de «complot fomentado en el exterior». Los alegatos de Kennedy en favor de una intervención de Estados Unidos en el Ulster, aun mediante el envío de «cascos azules», tiene un aspecto sentimental —los Kennedy son irlandeses y católicos— y un fondo electoral, el de sumarse las importantes minorías irlandesas de Estados Unidos.

QUE el problema se haya agravado con la presencia de tropas inglesas era muy de esperar, aunque sinceramente el Gobierno de Su Majestad las haya enviado con otra intención, con la de neutralizar el conflicto local. En el conflicto local, católicos y protestantes riñen por la misma cosa, por lo que simbólicamente se llama el trozo de pan. El enfrentamiento con los ingleses está cargado, además, de un odio ancestral. No son solamente ocho siglos de lucha por la independencia: son casi tantos siglos de humillaciones y explotaciones. Habría mil citas literarias, mil citas históricas que amontonar para explicar lo que pasaba dentro de Irlanda y lo que se hacía sufrir a los trabajadores irlandeses que emigraban a la otra isla. «Los tugurios de Dublín, que manchaban su admirable bahía, eran los más horribles y repulsivos del mundo. En las veintiocho habitaciones pequeñas de Nicholson Court, ciento cincuenta y un seres humanos vivían en la más negra miseria, sin más propiedad o comodidades para todos ellos que dos camastros y dos mantas. (...) En las miserables casas de Manchester una familia irlandesa dormía en una sola cama de sucia paja. Muchos sótanos albergaban hasta dieciséis huéspedes humanos y, además, algunos cerdos». (Arthur Bryant, «Cien años de vida inglesa», Editorial Juventud, Barcelona.) «Esas salvajes facciones milesias, con aspecto de falsa ingenuidad, de insanidad, miseria y burla, os saludan por todos los caminos y senderos. El cochero inglés, cuando pasa como un torbellino, fustiga al milesio con su látigo, lo maldice con su lengua: el milesio está, sombrero en mano, pordioseando». (Carlyle. El término peyorativo «milesio» se refiere a que los primeros pobladores de Irlanda fueron asiáticos de Mileto, llegados a través de España.) «Las peores chozas en las nuevas áreas urbanas fueron las habitadas por los inmigrantes irlandeses. Venían de chozas rurales aún peores que el peor pueblo inglés, y traían con ellos relativas malas costumbres». (G. M. Trevelyan, «English Social History», Longman, Green, 1942.) «Expongo humildemente a la consideración del público que de los 120.000 niños que acabo de calcular, 20.000 pueden ser reservados para la reproducción de la especie y de ellos solamente una cuarta parte de machos, lo cual es más de lo que se reserva para los corderos, ganado y puercos, y mi razón es que estos niños son raras veces fruto del matrimonio, circunstancia a la cual nuestros salvajes prestan poca atención, y por ello un macho bastará al servicio de cuatro hembras; que los cien mil restantes puede, a la edad de un año, ser vendidos a personas de calidad y fortuna en todo el reino, advirtiendo siempre a la madre que la lactancia debe ser copiosa en el último mes, para hacer de ellos un buen plato graso para una buena mesa. Un niño servirá para dos platos para una cena de amigos; y, cuando la familia cena sola, la mitad de delante o la mitad de detrás hará un plato razonable y, sazonado con un poco de pimienta y sal, dará un buen caldo al cuarto día, especialmente en invierno». (Jonathan Swift, «Modesta proposición para evitar que los niños de los pobres en Irlanda estén a cargo de sus padres o de su país y hacerles útiles al público.»)

TODA esta carga antigua de odios y tragedias están ahora vivas en las calles de Londonderry. El paracaidista dispara contra el milesio como el viejo cochero le golpeaba con su látigo y le maldecía con su lengua...



Bernadette Devlin, a la salida de la Cámara de los Comunes, donde se enfrentó violentamente al secretario de Estado, Reginald Maudling.

FACILMENTE se ve que el problema no tiene solución. Si nos atenemos a una justicia histórica, esta solución sería la incorporación directa del Ulster a la Irlanda a la que geográficamente pertenece, y con la que se siente claramente unida la clase dominada, la clase católica. Pasaría a ser dominante, después de dominada. Pero, ¿significaría eso que los protestantes iban a convertirse a su vez en perseguidos, huidos, empobrecidos o exterminados? La evitación de este mal sería el de un estatuto de igualdad. Pero tal vez sea ya demasiado tarde para eso; ya se ha pasado la oportunidad. Podían haberlo concedido los protestantes. ¿Por qué no lo han hecho? La respuesta es obvia, sobre todo cuando el trozo de pan a repartir no es muy grande ni muy sustancioso. Sigue siendo una guerra de pobres contra pobres: son las más rudas. Con todas sus probabilidades de desastre y de inversión futura de la injusticia, el final de la partición de la isla de Irlanda y la entrega de la zona del Ulster a la República parece la única vía posible, pero serían precisas garantías, períodos de aceptación, protecciones especiales, para que la mayoría que pasase de este modo a ser minoría no fuese entregada a la tragedia. Sobre el papel, no parece imposible. Pero ya sabemos a lo que se reducen, en la práctica, estas legislaciones.